VERÓNICA FERNÁNDEZ

La librería de Michelle

ESPASA

Verónica Fernández

La librería de Michelle

ESPASA NARRATIVA

© Verónica Fernández, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 10.388-2017
ISBN: 978-84-670-5009-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Michelle 11
La librería 37
Inventario 59
El Larousse 69
«L'impossibilité de l'amour» / «La imposibilidad del amor», de Jean-Paul Laforet 85
Inauguración 87
Fragmentos escogidos de los cuentos «Marie», «Véronique» y «Sabine», de Jean-Paul Laforet 105
Armando 109
Una viuda y una pancarta 127
Optalidón 151
La batida 173
Valladolid 185
Usos de una Volkswagen Samba 205
La Vela 217
Elvis (16 de agosto) 233
Águeda 245
Fragmentos escogidos de los cuentos «Violette», «Simone», «Chantal» y «Margot», de Jean-Paul Laforet 255

El broche 261
El pantano 269
Fragmento de «Une femme libre» / «Una mujer libre», de Jean-Paul Laforet 279
Epílogo 281
Nota de la autora 283

Michelle

Lo primero que vi de Michelle fue su furgoneta Volkswagen Samba, color verde indescriptible, aparcada en el ensanche de la fuente de los Curas. Yo llevaba la cabeza apoyada en la ventanilla de La Exclusiva. Dormitaba. Habíamos salido de Burgos a eso de las once y me había pasado más de la mitad del viaje con dolor de estómago. El día anterior había tenido programa doble en el Cine Calatravas y después fiesta en Cardeñadijo, en casa de Águeda. A las cuatro de la mañana, Moi y yo volvimos caminando al colegio, después de habernos bebido una docena de quintos entre los dos. Nos colamos en nuestra habitación, como siempre, gracias a la inestimable colaboración del padre Roberto, que nos cobró cincuenta pesetas por su silencio. Pagué yo: delatarnos el último día nos hubiera valido una buena bronca de nuestros padres. No merecía la pena poner en peligro el comienzo del verano. Solo nos dio tiempo a darnos una ducha rápida, meter en la maleta la poca ropa que nos quedaba y recoger en Secretaría nuestro certificado del Título de Bachiller y la nota de selectividad antes de salir corriendo. No nos despedimos de nadie. Moi estaba como loco por dejar atrás COU, el adoctrinamiento persistente en los pasillos, los castigos en el des-

pacho del director, las collejas en el patio y la sensación de que hiciera lo que hiciera siempre era culpable de algo. Yo reconozco que no lo había pasado tan mal como él en el colegio. Como era un alumno *gris marengo,* siempre me mantuve en el cómodo terreno del que lucha con todas sus fuerzas por mantenerse en el anonimato. Lo único que me había permitido, queriendo emular a *les enfants terribles* que estaban internados como yo durante la semana, eran mis escapadas al cine a las sesiones de noche.

Abrí la verja que nos separaba del mundo y salí con intención de no mirar atrás. Moi, sin embargo, se quedó un rato delante del edificio, hizo un corte de mangas y se puso a cantar a grito pelado el himno del colegio, cambiando la letra por una retahíla de obscenidades contra los padres jesuitas. Tuve que volver a por él, antes de que alguno de nuestros profesores saliera a llamarle la atención. La rabia con la que cantaba le había puesto la cara como un tomate. Le cogí del brazo, le dije que íbamos a perder el autobús. Escupió al suelo. Lloró camino de la estación, pero yo hice como que no me daba cuenta. Sentí que algo le había pasado en estos años que yo no sabía y que esas lágrimas no eran otra cosa que un «a tomar por culo» liberador. No cruzamos una sola palabra hasta que los dos vimos la Volkswagen Samba con el capó abierto, exhalando humo como un dragón moribundo.

Esteban, el conductor, paró y se bajó, conmovido por la humareda. Moi se vino al asiento que había a mi lado y se burló de la cantidad de libros que abarrotaban la parte de atrás de la furgoneta. No habíamos visto nada parecido en nuestra vida. Ni los gitanos que venían al Pocito a vender zapatos y ropa de cama llevaban sus camionetas tan cargadas. Lo que no nos sorprendió es que la matrícula fuera francesa. No nos imaginábamos a nadie conocido desfilando con una

pila tan grande de conocimientos. Por las ventanillas de la Samba asomaban libros de todos los tamaños, sin orden ni concierto. Se podían ver el canto de algunos y los colorines de las cubiertas de otros. Desde nuestra posición no acertábamos a identificar el título de ninguno, aunque Moi lo intentara colocándose sus gafas en el lugar adecuado para enfocar bien. Bromeamos sobre mi afición a la lectura, sobre las *Catilinarias* que nos había tocado traducir del latín hacía unos años y sobre el libro de Anatomía que cuando éramos pequeños habíamos robado de la biblioteca de mi padre para ver cómo eran los órganos sexuales femeninos. Nos estábamos riendo cuando Michelle cruzó la carretera con un cubo lleno de agua de la fuente y se puso a hablar con Esteban, que se asomaba al motor. Ella llevaba un pañuelo recogiéndole el pelo, algunas manchas de grasa en las mejillas, una falda larga de flores y una manera de gesticular terriblemente inusual. No escuchábamos la conversación que mantenían desde La Exclusiva porque Esteban había cerrado la puerta al bajar. Moi se dio cuenta de mi silencio y me sacudió una colleja cariñosa antes de volver a sentarse en su sitio. El dragón dejó de echar humo cuando Michelle sació su sed con el agua del cubo. Esteban la miraba con cierta perplejidad. No estaba acostumbrado a ver mujeres conduciendo por la zona y mucho menos que supieran abrir un capó y echar agua a un radiador. Ella no había dejado que la ayudara aunque, a juzgar por su sonrisa, había agradecido que parase a echarle una mano.

Volví la cabeza cuando La Exclusiva arrancó camino de Vinuesa. No quería que aquella imagen desapareciera tan pronto. Me pregunté qué hacía esa mujer sola en esa carretera y con esos libros. Esteban nos dijo que era francesa, pero que hablaba muy bien español. Nos hizo reír a todos los pasajeros

imitando su acento. Efectivamente no le había dejado ni acercarse a la avería. Moi le preguntó si era guapa y el conductor contestó con un «aún eres joven para saberlo, pero no hay mujer fea». Un matrimonio de Sotillo y una monja que iban en la primera fila le rieron la gracia. Yo no dejaba de mirar hacia el Duero cuando se pusieron a hablar de todos los de la zona que se habían ido a Francia desde hacía más de veinte años. El puente nuevo apareció a lo lejos; el romano estaba sepultado por las aguas del embalse. El deshielo ese año había sido tardío. Yo imaginaba que Michelle no sabía nada del río, ni de sus puentes, ni de la calzada romana, que era una aventurera perdida por tierras sorianas. Creía que nunca volvería a verla, que nunca sabría nada de su vida, ni siquiera su nombre, que al día siguiente ya no podría recordar sus manchas de grasa en la cara, ni las flores barrocas de su falda. Me acurruqué en mi asiento, me apoyé en la ventanilla y sentí una nostalgia extraña. Nostalgia de lo que no viviría. En ese momento yo era el puente romano. Estaba allí, pero me sentía invisible ante el mundo. Invisible ante una mujer como ella. Aquel verano pasaría, probablemente sin pena ni gloria, como tantos otros. Estaba deseando que llegara el otoño y pudiera irme a Madrid. Madrid a ratos se me presentaba luminosa, como una arcadia que me estuviera esperando. Otras veces se mostraba inquietante, como una gran boca de dientes afilados dispuesta a devorarme. ¿Y si Madrid no me daba un poco de luz, y si escondía para mí cosas peores de las que había vivido hasta ahora? Me dije que no había nada peor que el aburrimiento. Pensé que aquella furgoneta Volkswagen Samba que tenía un radiador defectuoso y un color horrible era el mejor de los destinos. Fantaseé durante dos segundos subido a lomos de esos libros y con Michelle conduciendo por las carreteras de España. Ya sentía el frescor del aire dán-

dome en la cara y el peso de un libro cualquiera sobre mi regazo. Le leería las *Catilinarias.* ¿Por qué no? Cruzaríamos la península y en Algeciras montaríamos en un barco rumbo a Ceuta.

El ruido de la puerta de La Exclusiva abriéndose me sacó de mi ensimismamiento. Dos minutos más y mis pensamientos hubieran llegado hasta el Atlas. Moi se largó, sin sombra alguna de las lágrimas de por la mañana, prometiendo venir a buscarme a mi casa por la tarde. Bajé apremiado por Esteban, que tenía que seguir viaje hasta Soria. Me dio un paquete para mi padre y mi maleta. Con una cosa en cada mano, enfilé la carretera hasta la ermita de la Soledad. El olmo seco frente a ella me pareció más viejo que nunca. Una hiedra caminaba despacio por su tronco, tratando de arroparlo, en la difícil tarea de dar abrigo a un muerto. En casa había una foto en blanco y negro de mis padres en la puerta de la ermita. Mi padre le pasaba la mano sobre los hombros a mi madre, los dos sonreían a la cámara. Detrás de ellos asomaban las ramas del olmo. Las imaginaba verdes, tan verdes como la furgoneta que hacía un momento había excitado mi imaginación.

Al cruzar la calle, vi que varios vecinos del pueblo esperaban en la puerta de mi casa a que mi padre los atendiera. La señora Vicenta al verme quiso ayudarme con la maleta. Yo decliné su ofrecimiento amablemente. Me dijo que estaba otra vez con los riñones mal y que en cuanto la vaca pariera me haría un flan de calostros. Mi padre le había dicho que me gustaban y la buena señora se acordaba de mí cuando nacían los jotes. No quería ser maleducado, pero estaba deseando entrar en mi casa, tirarme en mi cama y dormir todo lo que no había dormido la noche anterior. La buena de Vicenta seguía contándome aventuras de su hija, que estaba en Madrid

sirviendo. Los dos sabíamos que la mitad de lo que decía se lo inventaba. Rosario hacía años que no venía por el pueblo y sus llamadas podríamos haberlas contado con los dedos de una mano. A la buena de Vicenta se le quebró la voz cuando me dijo que le hubiera gustado tener un nieto. Tuvo a su hija pasados los cuarenta. En el pueblo se decía que un camionero de Ágreda que estaba casado la dejó preñada. Cuando se enteró de que iba a ser padre, se marchó a trabajar a Alemania y abandonó a su mujer, a sus hijos legítimos y a la buena de Vicenta. También contaban que sus padres quisieron obligarla a dar a la niña al hospicio cuando nació, pero que ella se negó. Otros decían que Rosario no era hija del camionero de Ágreda, que la buena de Vicenta se entendía con un cura que estuvo un tiempo en el pueblo y que con los años llegó a ser obispo. Yo siempre me he creído más la versión del camionero porque Rosario era una mujerona: con unos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros te la podías imaginar perfectamente manejando un tráiler.

Isabel, la ayudante de mi padre, vino a salvarme. Le dijo a Vicenta que era su turno. Después me plantó dos besos sonoros en la cara. Me felicitó por mi nota de selectividad y me volvió a abrazar, frotando sin maldad alguna sus sugerentes y rebosantes pechos contra el mío. Si no hubiera estado tan cansado, mi cuerpo habría reaccionado de inmediato a tanta sensualidad. Isabel me ayudó con el paquete de mi padre y me abrió paso entre la gente que estaba en la sala de espera de dentro de la casa, repleta también de quejas, resfriados de verano y algún que otro comentario sobre las elecciones generales. Enfilé el pasillo, Isabel se despidió de mí con una sonrisa. Me dijo que mi padre tenía faena hasta la hora de comer y que estaba embarazada. Bajó la voz al decir la última palabra. Me sorprendió la noticia. Volví sobre mis pasos y en

la penumbra del pasillo me di cuenta de que ella estaba llorando de alegría. Fui yo en ese momento el que le devolvió dos besos sonoros. Me mojó el carrillo con sus lágrimas de felicidad. Isabel se había casado con Germán Aguado, el sargento de la Guardia Civil. Llevaban cuatro años intentando tener hijos y no había manera de conseguirlo. Mi padre la había mandado a Madrid a un ginecólogo amigo suyo que tampoco consiguió ayudarles. Isabel se limpió la cara con la manga de la bata. Sabía que me iba a alegrar con la noticia. Sentí una extraña sensación al pensar que esos pechos que tanto me gustaban pronto estarían amamantando a un recién nacido. El único mito erótico que tenía cerca se desvaneció con unas pocas palabras. Yo que había soñado mil veces que ella era portada de Interviú. Isabel cerró la puerta que separa mi casa de la consulta a la vez que muchos años de ingenuo erotismo. Aún sin poder recuperarme de la buena nueva, dejé la maleta al lado de la puerta de mi habitación y, como si tuviera ocho años, salté de baldosa en baldosa, sobre una rayuela imaginaria. Llegué hasta las puertas del cielo, que no eran otras que las que daban paso a la cocina.

Y allí estaba Eugenia haciendo unos huevos rellenos. Que se había quedado un poco sorda era un hecho que nadie comentaba pero que todos sabíamos. Por supuesto, no me había oído entrar y pude darle un susto de muerte. Me encantaba clavarle mis dedos índices en su cintura y así lo hice. Eugenia dio un grito que se escuchó hasta en la Peña. Yo me reí, como me reía siempre que conseguía enfurecerla. Eugenia era hija de una criada que había tenido mi abuela en la capital. Se llevaba solo un par de años con mi madre. Se habían criado juntas. Cuando mis padres se casaron, Eugenia quiso venirse al pueblo con ella. Más que una criada, Eugenia había sido su hermana, su amiga, su confidente... En su

juventud había sido realmente explosiva: tan rubia, con tantas curvas, con esa mirada demoledora. A los tres años de vivir en Vinuesa, ya había sufrido los piropos de los mozos del valle entero. Era dura de roer y a todos los que la pretendían les ponía pegas. Ella quería un marido, no un hombre que la sacara a pasear. Y apareció Alejandro: un hombre de pocos posibles, muy tímido y muy trabajador que le escribía poemas de amor con faltas de ortografía. Eugenia tardó más de dos años en concederle un baile. Pecaba de soberbia y creía que si ese hombre la quería, tenía que demostrarlo. Después de aquel primer baile, Alejandro se armó de valor y le pidió que se casara con él, que dos años cortejándola habían sido suficientes. La orgullosa Eugenia se había enamorado del improvisado poeta, pero le dijo que no. A la semana de la negativa, Alejandro trepó hasta la ventana del cuarto donde dormía Eugenia. Estaba muy borracho. Le juró que se iría a México si no se casaba con él. Eugenia lo echó a patadas de la casa. Nadie tenía derecho a hablarle de esa manera. Alejandro la agarró del cuello y la besó como nadie la había besado nunca. Al día siguiente se marchó. La amenaza iba en serio. Estuvo un año en México. Desde Jalisco le escribía poemas todos los días, con las mismas faltas de ortografía de siempre. Eugenia entendió que ya le había demostrado suficientemente no ya su amor, sino su constancia. Volvió diciendo que el poco dinero que había ganado en México se le había caído al mar. Se casaron en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, mis padres fueron los padrinos. Eugenia llevaba su melena rubia recogida con una especie de diadema, vestía de negro. Su marido tuvo que ponerse un traje prestado. Durante semanas su retrato de boda estuvo expuesto en un escaparate de una tienda de fotos de Soria. Tuvieron tres hijas y una vida tranquila. Durante el día, Eugenia estaba en mi casa, ha-

ciéndose cargo de todo. Sus hijas crecieron fuertes y felices revoloteando alrededor de su madre en la cocina de mi casa: una sintió la llamada del Señor y se metió monja, la del medio estudió para maestra y ejercía su profesión en un pueblo de Huesca y la pequeña se fue a Madrid a buscarse la vida y decían que era comunista. Los años habían maltratado el cuerpo de Eugenia y su melena rubia ya hacía tiempo que no era natural. Sabía, por las fotos, que nada tenía que envidiar a Ursula Andress. Algo de esa belleza salvaje seguía en ella, sobre todo los sábados, cuando no se recogía el pelo. Así es como le gustaba a Alejandro y así es como iba a visitarle cada semana a un geriátrico de Logroño. Alejandro estuvo un tiempo en el monte pelando pinos. Subía cada día con los leñadores y mientras ellos tumbaban los árboles, él y su cuadrilla los dejaban limpios de ramas. Un día, un pino de más de siete metros, seco, fue elegido para la tala. No era muy grueso. Se hicieron unas hendiduras con el hacha en el tronco. La picota se desprendió y cayó. Con tal mala suerte que Alejandro estaba debajo. El golpe en la cabeza no le mató, pero le produjo una lesión cerebral que le convirtió prácticamente en un vegetal. Mis padres los ayudaron a comprar una casa al lado de la nuestra. Así Eugenia podía estar pendiente de su marido con más facilidad. A veces lo sacaba a la puerta de la calle para que le diera el sol. Lo ponía en una silla de ruedas y le hablaba como si él le entendiera. Yo era muy pequeño cuando Alejandro tuvo el accidente y tengo que confesar que siempre me había dado miedo visitarle. Era como el olmo seco que estaba delante de la ermita de la Soledad, estaba muerto en vida, pero, como la hiedra, Eugenia se empeñaba en arroparle. Hace un año, las hijas de Eugenia la convencieron para que llevara a Alejandro a un geriátrico. Se le había caído en la bañera y se había roto la cadera. El apuesto

joven que se había ido a México despechado era lo más parecido a un pájaro escuálido con huesos de cristal. A Eugenia le costó mucho tomar la decisión. Le prometió que iría a visitarle cada semana a leerle sus poemas.

Me reconfortaba pensar que detrás de aquellas mujeres que poblaban la geografía de mi adolescencia había grandes historias de amor. La de Eugenia era la mejor de todas. ¿Sería capaz de irme a México y seguir durante años escribiendo poemas a mi amada? Si Moi hubiera sabido que me hacía esas preguntas, me habría dado una de sus collejas y me habría dicho que soy del género tonto. Era su forma de reírse de mi ridículo romanticismo. Eugenia se había pasado casi toda su vida limpiando mi casa. La distancia más larga que había recorrido era la de Colmenar Viejo a Vinuesa y la de Vinuesa a Logroño. Una vez vio la Muralla China en la televisión y quedó impresionada por su magnitud. Le pregunté si le gustaría ir a visitarla. Se rio y me contestó que ella no pintaba nada en la China, que cada uno tiene que estar donde tiene que estar. Y ella estuvo siempre al lado de Alejandro. A lo mejor no le escribió más de un poema en su vida, que ella convirtió en cientos en su relato; a lo mejor nunca vivió en Jalisco y lo que pasó es que estuvo un tiempo en Montenegro, a veintiocho kilómetros de Vinuesa, ayudando a un primo suyo con el ganado.

A lo mejor su historia de amor no era para escribir una novela, pero yo me creía a pies juntillas cada una de las palabras que habían salido de boca de Eugenia. Como me creía que Isabel hubiera abandonado a su novio estudiante de Medicina por un guardia civil cejijunto y parco que la había dejado embarazada. A ella le gustaba ceñirse los vestidos, pintarse los labios de rojo y reírse a carcajadas las noches de verbena. Decía que el sargento era serio y que eso la había

enamorado de él. Yo me imaginaba que Isabel, con esa sexualidad que rezumaba por los poros, era una auténtica bestia parda en la cama y que su marido, aunque no lo aparentaba, debía de estar a la altura. Más de una docena de veces los vimos en el Land Rover de la Guardia Civil en la carretera de la Laguna Negra dando rienda suelta a su pasión. Cuando Germán venía a la consulta a que mi padre le atendiera por alguna dolencia, Isabel se alborotaba: tenerlo cerca la hacía ser más torpe y se le caían las cosas de las manos. «El amor es el anhelo de salir de uno mismo», eso decía mi idolatrado Baudelaire. Y así creía yo que era el amor de la sinuosa Isabel y del pétreo Germán. Los dos sentían la necesidad imperiosa de salirse de ellos mismos: su relación la disfrazaban de matrimonio, pero era sexo... hasta que llegó ese embarazo para desbaratar todas mis fantasías.

La comida de Eugenia me producía un bienestar inconmensurable: sus patatas con congrio, su ensaladilla rusa, su pisto, su pescadilla rebozada, sus torreznos para almorzar... Nadie sabía hacer las galletas de nata como ella. Cuando la puerta que comunicaba la casa con la consulta se quedaba abierta, en el pasillo se mezclaba el olor del alcohol que utilizaba mi padre para lavarse las manos con el olor a puchero. Esa mezcla de aromas intensos y bien distintos era el olor de mi infancia. Sentí que lo iba a echar de menos y me pregunté a qué olería el colegio mayor que mi padre me había buscado en Madrid. Suponía que se parecería más a la habitación que tenía en los jesuitas, que supuraba olor a humedad, tabaco clandestino y adolescencia a partes iguales, que al olor de aquel paraíso culinario que era mi casa gracias a Eugenia. Me apretó entre sus brazos y me regañó por llevar el pelo largo, por no haber ido a casa en todo el mes de junio, por las manchas en mis vaqueros y por vestir una camisa horrible que

seguramente le había comprado a algún quinqui. Pasaban los años y Eugenia me seguía amonestando de la misma manera. Era su forma de decirme que me iba a echar mucho de menos cuando me fuera a la universidad, que sabía que cada vez yo estaría más lejos de Vinuesa o Vinuesa de mí. Los que se iban a estudiar a la capital solo volvían a ver a sus padres en Navidades y en verano, al principio; después, cuando encontraban trabajo o cuando se casaban con forasteras, acababan por pasar los agostos en cualquier lugar con playa. Eugenia había nacido en Colmenar Viejo, pero se había acostumbrado al pueblo tanto que parecía por sus comentarios que nunca hubiera tenido vida antes de haber llegado allí.

Me comí un huevo relleno de un bocado, le regalé unas cuantas palabras cariñosas y fui a darme una ducha. Cuando estaba debajo del agua, me dio por pensar en Águeda, en el sótano de su casa, en las cervezas, en las risas y en la discusión que habíamos tenido por *Love Story*. Yo me atrevía a decir que el amor lo podía todo y ella defendía que las relaciones entre clases sociales distintas nunca podían funcionar. Un hijo de un banquero y una hija de un inmigrante italiano estaban destinados a no amarse. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que Águeda estaba hablando de nosotros. Para ella, que era hija de un vendedor de electrodomésticos que había prosperado gracias al éxito de la televisión, pero que había pasado hambre en su infancia, yo era un chico de clase alta, el hijo pequeño de un médico que había nacido en una familia con mucho dinero. A mí mismo, nunca me vi como un rico, pero la verdad es que uno a veces solo es lo que los demás quieren ver. Aquella chica alta a la que le entusiasmaban los *westerns* no se permitía a sí misma enamorarse de mí. Yo entonces no tenía capacidad para darme cuenta de todo

esto, ni mucho menos. Yo era más simple. Mucho más simple. Pensaba en mi amigo, en no traicionarle. Si Águeda no le hubiera gustado a Moi, habría intentado meterle mano, darme el lote o simplemente dormir con ella la noche anterior. Ni se me pasaba por la cabeza que la discusión sobre la película tuviera que ver con nosotros y me parecía muy extraño que solo hablase de la procedencia de los personajes cuando lo más interesante de la película era poner el amor a prueba con la enfermedad. Se podría decir que Águeda y yo nos hicimos amigos, buenos amigos. Sabía que me había ganado su aprecio. De todos los chicos de COU A era el único que la había dejado en paz durante los primeros meses del curso y eso me había dado muchos puntos en su cartilla de calificaciones. De hecho, en aquellos días ni siquiera me atrevía a mirarla a los ojos. No había sido fácil para nosotros admitir que COU iba a ser un curso mixto. Estábamos deseando que las chicas entraran al colegio, nos corríamos solo de pensarlo, pero, por otro lado, teníamos la certeza de que eran bichos raros, que no entendíamos y que nos harían sentir incómodos, observados y juzgados. En COU A estudiábamos los de Ciencias Puras. El primer día de clase todos mis compañeros lucharon por mantener a raya sus hormonas, sin conseguirlo. Creían, creíamos, que un desfile de esculturales amazonas con sus pechos al aire irrumpiría en el patio en cualquier momento. Los padres nos conminaban a estar tranquilos. Trataban de dar normalidad a la difícil decisión que habían tomado de permitir que las chicas se educaran con nosotros. Hacía solo un par de años hubiera sido impensable que compartiéramos pupitre con ellas. Una gran decepción nos bajó la libido cuando nos dimos cuenta de la ratio femenina que había tocado en nuestra clase. Una única chica entró en nuestro santuario. Esa chica fue Águeda. Era muy alta y delgada,

como la «morena salada» de la canción. Tenía unos ojos vivarachos y un Lacoste rojo muy ajustado que se ponía todos los lunes. Se le daban de maravilla las Matemáticas y la Física. Había estudiado en una escuela pública y se notaba mucho que le daban miedo las sotanas. Su padre, como no tenía más hijos que Águeda, se había empeñado en que estudiara. Una maestra le había dicho que la niña era una máquina para las ciencias, que podría llegar a ser ingeniera si se lo proponía. Aunque vivían en Burgos, tenían una casa enorme en Cardeñadijo, a la que sus padres iban solo algunos fines de semana y que pronto se convirtió en nuestro refugio. Al Televisero (así llamaba Moi al padre de Águeda) le caíamos bien y nos dejaba andar con su hija, como si fuéramos dos inocentes chicas. Le parecíamos inofensivos. Yo lo era. Moi, no.

La primera vez que Águeda me habló fue para pedirme unos apuntes. Le extrañaba que yo no hiciera chistes con su altura o con sus inexistentes tetas. Algunos la llamaban Tabla precisamente por eso. A mí lo que más me gustaba de ella era que pusiera en aprietos al padre Leopoldo en las clases de trigonometría. En el segundo trimestre, gracias al cine y a Moi, nos hicimos inseparables. Los tres íbamos juntos a la sesión doble de los viernes. Solíamos acabar en la casa de Cardeñadijo comiendo chuletas hasta el amanecer y bebiéndonos, de dos en dos, los quintos de cerveza que almacenaban en el sótano, mientras sus padres dormían en la parte de arriba. En realidad, yo me relacionaba con Águeda como si fuera un chico cuando estaba sobrio. Cuando bebía, la veía como lo que era: una mujer a medio hacer. Me entraban ganas de lamerle el cuello. No lo hacía por Moi y por la vergüenza que iba a sentir al día siguiente cuando la tuviera al lado en mi clase. Nunca había sentido amor por ella, no del tipo de amor que yo creía que se tenía que sentir con diecisiete años. Pensando

en el cuello de Águeda, se acabó el agua caliente en medio de la ducha. No era la primera vez que el termo me dejaba tirado. Me terminé de aclarar el pelo con agua fría, después me puse una toalla en la cintura y me tiré en la cama. Me quedé dormido mirando al techo, mi boca sabía a mayonesa. Ojalá Águeda viniera a Vinuesa en fiestas, como me había prometido. Solo llevaba unas horas en casa y ya la echaba de menos.

Cuando el sargento de la Guardia Civil vino a avisar a mi padre de lo que había ocurrido, yo estaba dormido. Mauro, nuestro vecino, había muerto y nada se podía hacer por él. Lo habían encontrado en Pinar Grande. Había colocado una soga en una rama y se había colgado. En aquel octubre hubiera cumplido cincuenta años. No había dejado una carta. Todo el mundo sabía que desde el incendio de su sierra no había levantado cabeza. Dejaba viuda y tres hijos. Mi padre acudió como juez de paz al levantamiento del cadáver. Muchas noches de verano se habían pasado juntos charlando, sentados en la puerta, tomando el fresco. A Mauro le gustaba fumar buenos puros y a mi padre se los regalaban por docenas. Era hijo de una de las familias más ricas de Vinuesa. Después de unos años en Sevilla había vuelto al pueblo y había invertido toda su herencia en un negocio de casas de madera. Se ocupaba de comprar los lotes de pinos, de talarlos, de convertirlos en tablones en su aserradero y de llevarlos a Madrid para que formaran parte de esas viviendas prefabricadas de estilo suizo. Las cosas no le habían ido como él pensaba y no fueron pocas las dificultades que había tenido que superar. La última y más traumática, la del incendio.

Cuando me levanté, mi padre estaba en el salón. Se había servido un whisky y se había sentado en su butaca. Conocía muy bien esa silueta que se recortaba con la luz del sol al atardecer. La había visto tantas veces: el mismo silencio, el

mismo whisky y la misma quietud. Me entró un escalofrío. Tuve la tentación de volver a la cama, pero mi padre, que siempre ha tenido el oído muy fino, había escuchado mis pasos. Me pidió que me acercara, me dio un frío apretón de manos y me dijo que había arreglado todo para que mi hermano me matriculara en Medicina en la Complutense. No tendríamos que ir hasta septiembre a Madrid. No me dio tiempo a darle las gracias porque en seguida se puso a hablar del suicidio de Mauro. Me contó que se había ahorcado y que lo enterrarían al día siguiente. Iba a ir a ver al cura para convencerle de que fuera enterrado en la parte católica del cementerio, no en la civil, que era donde enterraban a los que se quitaban la vida. Expulsaban de la Iglesia a los suicidas y la forma de evidenciarlo era dándoles sepultura en el lugar más lúgubre del camposanto. La viuda era muy beata y suplicó a mi padre que hiciera algo para que fuera enterrado como Dios manda. No era el primero que se ahorcaba en Pinar Grande: era algo que había sucedido otras veces, más de las que podía recordar. En otras ocasiones yo no había tenido mucho que ver con los suicidas, pero en ese caso era nuestro vecino el que había muerto y la noticia me dejó un buen rato en silencio. Mauro había recibido una exquisita educación en un internado inglés, sabía jugar al tenis y se interesaba por todo lo relacionado con la Medicina. A mi padre le gustaba su compañía, pero desde que murió mi madre, había dejado de frecuentar a Mauro y a todo el mundo. El whisky, cuando le apetecía, se lo bebía solo. Trataba con la gente del pueblo en la consulta porque era inevitable. Se había convertido en un ser taciturno que leía el periódico, veía la televisión y evitaba cualquier conversación en la que se le pudiera nombrar a mi madre. Yo lo sabía, todos lo sabíamos y lo respetábamos. Eugenia e Isabel, una en casa y la otra en la consul-

ta, traducían a veces sus deseos no expresados. Por ejemplo, estaba prohibido traer gente a casa. Mi hermano y yo podíamos ir, siempre que nos invitaran, donde quisiéramos, pero nadie tenía permiso para entrar en nuestro castillo. Isabel le organizaba a los pacientes en la sala de espera y les advertía de que con el médico solo se hablaba de problemas de salud. La mayoría acataba las órdenes de la enfermera, pero había algunos rebeldes que se empeñaban en preguntarle cómo estaba o si había pensado en casarse de nuevo. Esos recibían el sordo castigo de Isabel, que desatendía sus peticiones de consulta durante meses para que aprendieran a no molestar al doctor con impertinencias. Las dos mujeres habían trazado un círculo de protección alrededor de él que funcionaba; mi hermano y yo éramos los únicos que gozábamos de la venia de estar cerca de él. Cerca físicamente, pero en realidad igual de lejos que el resto del mundo.

Esa tarde, Moi no vino a verme, Isabel se fue a su casa pronto y Eugenia nos dejó la cena en la encimera de la cocina para que nosotros mismos nos la sirviéramos. Las campanas de la iglesia tocaron a muerto. Y cuando eso sucede se produce una especie de parálisis general. Los mayores sacan sus galas de luto y acuden a la casa del difunto a velarle con la familia. Los más jóvenes, si no son muy allegados, no dejan de ir al bar, pero apenas hablan. El silencio en las calles es más desolador que los tañidos de las campanas, más incisivo, más insoportable. La muerte es compartida por todos como lo es la alegría en las fiestas. Sentimientos tan comunales como las suertes de pinos. El aprovechamiento del monte ha sido siempre un bien para todos, las tragedias se han vivido de la misma manera. El pueblo entero fracasaba cuando alguien colgaba una cuerda en una rama y se quitaba la vida. Estoy seguro de que mi padre se culpó por no haberse dado

cuenta del estado en el que nuestro vecino vivía. Su mutismo durante los días posteriores a la muerte de Mauro delataba su malestar. Era culpable de no haber tenido ganas de escuchar tristezas. Él sabía que habría podido ayudarle, quizás dejándole dinero, quizás recetándole algo que hubiera podido tranquilizarle para poder pensar mejores alternativas que una horca improvisada en mitad de un bosque. Pero él ya tenía bastante con su pena, con nuestra pena. El dolor nos vuelve egoístas. Y eso era exactamente lo que le había pasado a mi padre. La pérdida de mi madre se había convertido en una justificación perfecta para su ostracismo. Lo de Mauro era una especie de recordatorio de que otros antes que él habían muerto y de que otros morirían, una lluvia sobre suelo mojado. Yo sabía que esa noche nadie en Vinuesa se podría quitar de la cabeza la imagen de un cuerpo colgado balanceándose. Todos tuvimos miedo de que la maldición de morir ahorcado fuera propia de nuestra tierra. ¿Qué le puede llevar a una persona a quitarse la vida de esa manera? ¿Qué había tan irreparable en su existencia? Aquella noche yo seguía creyendo que mi madre había muerto por una embolia cerebral. Me hubiera gustado no descubrir la verdad nunca.

Al día siguiente, las campanas nos avisaron de la hora del entierro. Mi padre no tuvo que decirme nada: di los dos pasos que nos separaban de la puerta de la casa del difunto y les ayudé a sacar el féretro. Entre cuatro lo aupamos y lo cargamos en los hombros. Nunca antes lo había hecho, pero quería complacer a mi progenitor, que había ofrecido mi ayuda, y la suya, a la familia en unos momentos tan delicados. Él encabezó el cortejo con la viuda colgada de su brazo. No habíamos recorrido ni cien metros, cuando yo empecé a sudar por el esfuerzo. Tenía miedo de que el ataúd se nos cayera. Los muertos pesan más que los vivos. No tenía mucha fuerza

y a cada paso que dábamos me parecía que estábamos más cerca de convertir en una situación ridícula ese momento a todas luces doloroso. El camino hasta la iglesia se me antojaba eterno. Menos mal que a la altura de la Plazuela, el alcalde me relevó. Noté el alivio de los demás. Rodolfo Sangüesa era un hombre de complexión fuerte y no cabía duda de que soportaría mejor que yo la carga. No me había percatado de la cantidad de gente que se había ido uniendo a la procesión. Continué caminando entre el sonido acompasado de los pasos. Cerca de la puerta de la iglesia, había varios cochazos aparcados. Eran de la familia sevillana de Mauro. Oí comentarios de algunos familiares que se alegraban de que los padres de Mauro hubieran muerto hace tiempo para que no pasaran por un trance así. No se debe enterrar a un hijo. Entramos en la iglesia siguiendo al féretro. La viuda se colocó en la primera fila de bancos, mi padre seguía a su lado. Sus tres hijos, vestidos con trajes que parecían mortajas, se sentaron detrás de ella. Los dos pequeños se daban patadas para distraerse sin entender nada de lo que estaba pasando. Sergio, el mayor, un poco separado de sus hermanos, tenía la mirada ausente. No hacía otra cosa que arreglarse el nudo de la corbata en un bucle gestual sin fin. Me recordaba a mí mismo el día del funeral de mi madre. Don Julián también ofició la misa. Yo tenía diez años y ganas de salir corriendo de aquel lugar. No me creía que mi madre estuviera dentro de aquella caja de madera. Me pellizcaba para despertarme de esa pesadilla. Recuerdo que me puse a contar los bancos que había en la iglesia, los santos, las velas... después quise saber cuántas personas daban un «le acompaño en el sentimiento» a mi padre. Trescientas, cuarenta y cuatro. Pensé en darle la mano al hijo mayor de Mauro y arrastrarlo fuera porque sabía que lo estaba deseando, pero no lo hice. Salí a tomar el aire para ol-

vidarme del funeral de mi madre, tratando de que mi padre no se diera cuenta, por la puerta lateral de la iglesia. Me encendí un cigarro y esperé a que el funeral acabase contando unas quince veces las rosas que habían florecido en el jardín de la casa del cura. No era el único que había optado por abandonar la misa. Encima del pretil alguien se había dejado olvidado un periódico. Lo cogí por entretenerme: en la portada aparecía Adolfo Suárez, arrodillado, jurando con la mano en la Biblia su cargo como presidente. Entorné un poco los ojos y me di cuenta de que mi padre se parecía mucho a él: la nariz afilada, las entradas, la delgadez y esa mirada incisiva. Eran idénticos. Seguro que le había votado. Desde que mi padre tuvo que ir a Madrid a sacar a mi hermano de la Dirección General de Seguridad en mi casa no se podía hablar de política. Así nos lo repetía Eugenia una y otra vez: la política solo trae desgracias. Armando se saltaba esa regla cada dos por tres, buscaba el enfrentamiento, le divertía, pero yo evitaba cualquier conflicto que pudiera enfadar a mi padre. No le tenía miedo. Nunca le había visto con un ataque de ira, ni dando un puñetazo en la mesa; era un hombre razonable y eso le daba una tranquilidad que a veces podía resultar inquietante a los demás. Mi temor era que, si lográbamos sacarle de quicio, dejara de hablarnos para siempre.

Raúl, mi compañero de pesca, el que sabía coger truchas a mano, el que me robaba el tabaco porque nunca tenía un duro, me buscó entre la gente cuando salieron todos de la iglesia. No le costó encontrarme. Me dio un apretón de manos y me dijo que había estado viendo cómo descolgaban a Mauro de la horca. Caminamos juntos hacia el cementerio. Raúl vivía en la Peña, su padre era el alguacil y su madre era muda. Nadie se reía en el pueblo de esa paradoja del destino: al padre de Raúl le pagaban por pregonar los edictos del

ayuntamiento a voces por las calles después de un toque de corneta, mientras que su madre se hacía entender a duras penas con gestos y sonidos guturales, como de otro mundo. Por esta circunstancia llamaban a toda la familia los Mudos. Raúl, el Mudo, y sus dos hermanas se buscaron la vida en el pueblo desde muy pequeños. El sueldo de alguacil no daba para mucho. Raúl había estudiado lo justo para aprender a leer y escribir. A su padre le hubiera gustado que a los nueve años se hubiera ido al seminario, como el hijo de Pascual o un primo hermano suyo de Huerta de Rey que se llamaba Cancionilo. Un nombre que cuando lo escuchas una vez, no lo puedes olvidar nunca. Cuando nos emborrachábamos, solíamos llamarnos así el uno al otro. Nos daban verdaderos ataques de risa, pronunciando el nombre con la lengua medio dormida.

No hablamos casi nada durante el camino a San Pedro. A la llegada al cementerio, yo me quedé rezagado. Raúl se paró a mi lado. Le dije que no me apetecía entrar. Lo entendió a la primera. No quería ver la tumba de mi madre y si entraba en el camposanto a despedir al muerto no me iba a quedar otro remedio que acercarme a ella. Me dijo que él tampoco entraría y me animó a ir a pescar. Había visto a los dos guardas del coto de pesca en el entierro, así que era un buen momento para ir a por unos barbos. Le respondí que me tendría que ir a cambiar de ropa a casa. Me había puesto una camisa blanca y mis mejores pantalones. Lo peor que me podía pasar pescando era caerme al río y el agua no manchaba, me dijo. Llevaba razón, así que opté por seguirle por la carretera del Regajo y dejar mis estúpidas objeciones. Después de quince minutos caminando llegamos a un pequeño meandro que hace el río Revinuesa muy cerca de la carretera. Cruzamos el puente de madera y nos quitamos los zapatos y los calceti-

nes. Nos remangamos los pantalones y con unas redes que Raúl tenía escondidas entre unos cantos de la orilla nos metimos en el agua. Siempre se me olvidaba lo fría que estaba incluso en verano. Si hubiera ido solo, me habría salido al instante. Aguanté como pude, haciéndome el macho, mientras le hablaba de Shackleton y su expedición al Polo Norte. Había leído un libro sobre él hacía poco. Me pareció que la conversación era muy apropiada si teníamos en cuenta la temperatura del agua. Raúl no me escuchaba, estaba totalmente concentrado en pescar el mejor barbo de la comarca. No habían pasado ni cinco minutos cuando lo consiguió. Era un gran pescador. Había algo magnético en el cuerpo de aquel pez revolviéndose en la orilla cuando lo sacamos. Raúl me pidió a gritos que buscara el cubo. Lo tenía escondido en alguna parte y pretendía que yo lo encontrase sin saber dónde estaba. Falto de paciencia, cruzo el río y encontró el cubo detrás de unas zarzas. Volvió con una rapidez inusitada. Lo llenó de agua y echó el barbo en él. Los dos mirábamos al pez, hipnotizados, esperando no se sabe qué, cuando Raúl de repente se acordó de algo que quería contarme: una francesa muy rara se había instalado en casa del Tabernero. ¿Una francesa? No podía ser otra que la conductora de la Volkswagen Samba verde. Le pregunté por la furgoneta llena de libros, por el pañuelo en la cabeza, por su acento, por su falda de flores... Efectivamente, era ella. Raúl me dijo que la había visto tender la ropa en el patio de atrás. Las ventanas de su casa daban justo a ese lugar. Tenía unas piernas larguísimas, pero para su gusto le faltaban unos cuantos kilos. Le bombardeé con todas las preguntas que se me ocurrieron. Quería saber todo de ella, por qué había venido, cuánto tiempo iba a quedarse, si había leído todos esos libros, si venía de París, si quería que le enseñáramos a pescar... Raúl oyó a su padre contarle a su

madre que la francesita era nieta del Tabernero y que se llamaba Michelle. Lo dijo a la española, pronunciando la última *-e* pero tratando de imitar el acento francés. No sabía nada más y no quería que mi excitación nos arruinara la pesca. Si quería saber algo de ella, debía ir yo mismo a enterarme. Después me dio una colleja, me preguntó si la francesa me la ponía dura y me pidió el paquete de tabaco a cambio del pez. Se lo di de buena gana. Él había abierto sin darse cuenta una puerta a mi fantasía que valía mucho más que unos cigarrillos. Lo había conseguido pronunciando literalmente Michelle.

Moi me estaba esperando en la puerta de casa cuando llegué con el barbo. No había ido al entierro y le noté nervioso. Habían vuelto a amenazar a su padre. Unos hijos de puta habían pintado «cabrón» en una de las fachadas de la farmacia y habían roto los cristales de los ventanales que daban a la calle. Me enseñó una herida en la mano que se había tapado con un pañuelo para que no sangrara. Se la había hecho ayudando a su madre a recoger los desperfectos. Yo le dije que mi padre le haría una cura, quizás necesitaba que le pusieran unos puntos, que esperara a que él volviese. Estaba muy alterado y decía todo el rato que sabía quién había hecho la pintada. Aunque le pregunté, no soltó ningún nombre. El padre de Moi, boticario del pueblo, había sido alcalde los últimos quince años. Siempre había simpatizado con el Movimiento, lo que le valió estar en la lista de candidatos a la alcaldía en muchas ocasiones. Don Julián, el cura, era el que confeccionaba esas listas, hacía los informes de las personas *gratas* o *non gratas* y proponía al edil. Constituía un privilegio que había heredado de su antecesor en la parroquia. En 1962 fue elegido como gobernador de Soria un compañero de facultad del padre de Moi, circunstancia que le supuso un verdadero acicate para convertirse en alcalde. Tras la muerte de Franco

se habían empezado a notar ciertas sensibilidades en contra de todo lo que pudiera ser un impedimento para la democracia y los alcaldes representaban todavía ese poder que seguía en manos de los franquistas. Estábamos a la espera de elecciones municipales; en realidad todavía estábamos a la espera de ver cómo Suárez empezaba a cambiar el rumbo de las instituciones.

Yo no sabía cómo decirle a Moi que Michelle se había instalado en el pueblo. Confieso que cuando me estaba contando lo de la pintada, no podía pensar en nada más que en la furgoneta verde y en las piernas larguísimas que Raúl me había descrito. No encontré otra manera de interrumpir su ira más que diciéndole que me siguiera. Moi no entendía nada. Empecé a andar calle arriba, rumbo a la Peña. Iba tan deprisa que a Moi le costaba mantener mi ritmo. El agua del cubo iba salpicando mis pantalones y las calles empedradas. El barbo hacía todo lo posible por continuar respirando. Yo no tenía ni idea de qué iba a hacer. No quería pensarlo. Me dejaba llevar por mis pies, que caminaban a un ritmo frenético. Cuando llegara a la casa del Tabernero, llamaría a la puerta y me presentaría. Nos presentaría a los dos. Quizás Michelle nos recibiría con una camisa anudada en la cintura y nos hablaría en francés como la inexpresiva y fascinante Catherine Deneuve en *Belle de jour*. Por un momento me la imaginé desnuda, seguramente me ruboricé. Cuando dimos la vuelta en la calle Luenga, Moi entendió de golpe todo lo que le había estado ocultando durante el camino. La Volkswagen Samba estaba en mitad de la calle, todavía con los libros dentro. Moi se echó a reír y se olvidó del «cabrón» de la pared de la farmacia. El destino de la francesa era nuestro pueblo. ¿No era fantástico? Nos pusimos a hablar a la vez, él preguntando todo lo que se le ocurría, yo contestando con la información que

me había dado Raúl. Rodeamos la furgoneta y no pudimos evitar echar un ojo con gran curiosidad a los libros que dormitaban sobre el cristal de las ventanillas: *Les fleurs du mal, For Whom The Bell Tolls?, Le Deuxième Sexe, Romancero gitano, La caída de la casa Usher, Les Misérables, El rayo que no cesa*... La mayoría en francés. Parecía una librería ambulante. Yo me preguntaba si esa mujer había leído todos esos libros, si se iba a mudar al pueblo, si eso era todo lo que tenía en la vida...

Moi, de sopetón, agarró el cubo, lo puso delante de la casa y golpeó con sus nudillos en la puerta, doliéndose de la herida que se había hecho en la mano, sin consultarme. Después dijo que le íbamos a dar a Michelle un regalo de bienvenida. Yo entré en pánico. Solía tener esos ataques de timidez cuando la situación me sobrepasaba. La sola idea de que Michelle abriera la puerta me provocaba palpitaciones. ¿Y para qué habíamos ido hasta allí si no era para verla de cerca? ¿Por qué me había empeñado en arrastrar a Moi hasta la casa del Tabernero si no era para mostrarle que ese verano no iba a ser como el anterior? Solo tuve unos segundos para colocarme detrás de la furgoneta y esconderme, antes de que a ella le diera tiempo de llegar desde la habitación en la que estuviera al portal de la casa. No me atreví a salir de mi escondite a pesar de que los minutos pasaban y nadie atendía a nuestra llamada. Moi se acicalaba el flequillo y se colocaba las gafas en su sitio mientras yo reinventaba la palabra «cobarde». Nadie aparecía y mi tensión, lejos de desaparecer, aumentaba en proporción geométrica al tiempo, parecía que el corazón me iba a estallar en cualquier momento. Moi me gritó que se largaba, que la francesa era evidente que no estaba en casa y que le parecía buena idea dejar el pez en la puerta, a modo de saludo. El barbo a esas alturas ya había muerto. No era un buen mensaje para Michelle, que vería nuestro regalo como

un signo de mal gusto, en el mejor de los casos, o de hostigamiento, en el peor. Moi desapareció en un abrir y cerrar de ojos y yo tuve que pensar qué hacer con el cubo, con el pez, con mi vida. ¿Qué impulso me había empujado a hacer algo tan estúpido? Cuando ya me había decidido a llevarme el barbo a casa de vuelta y me había agachado para recogerlo, una mano se posó en mi hombro. Me volví sin sospechar que aquellos dedos que me habían tocado pertenecían a Michelle. Medía tres metros, la luz del sol recortaba su silueta y su voz sabía a la canela del arroz con leche. Era una diosa que acababa de bajar del Olimpo, a pasar unas vacaciones en Vinuesa conmigo.